

¿HACIA UN HAMBRE MUNDIAL?

«El análisis de la situación alimentaria global nos lleva a concluir que, de mantenerse la tendencia actual de desarrollo de las poblaciones, la penuria de alimentos no hará sino empeorar hasta adquirir dimensiones catastróficas.» Tal era la conclusión del Club de Roma en su segundo informe de 1974.

Si muchos la rechazan, otros, no menos calificados, la comparten. En su obra *Vamos hacia el hambre*, publicada en 1966, René Dumont, agrónomo y perito de la FAO (la Food and Agricultural Organization de las Naciones Unidas), escribía ya: «El hambre actual, la de la India en 1965, es un fenómeno crónico que nos parece destinado a empeorar rápidamente... Anunciamos el riesgo de un hambre ampliamente generalizada a través del mundo, aun antes de 1980... Nada la apartará, a menos de que se limiten más de prisa los nacimientos.» El 1 de mayo de 1975, Alfred Kastler, Premio Nobel de Física en 1966, escribía también: «Sabemos actualmente que en el Tercer Mundo, del Sahel a Blangla Desh, la hambrina ha empezado, y que de aquí a finales de siglo cientos de miles de seres humanos están condenados a morir por este motivo... La asistencia concedida al Tercer Mundo por los países industrializados tiende hacia cero. La ayuda se ha convertido incluso en negativa en los países de Iberoamérica, actualmente obligados a reembolsar más de lo que reciben.»

Interrogado en marzo de 1975, Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, era uno de los contados responsables que se negaba a compartir semejante pesimismo. «El mundo —afirmaba— puede aumentar su producción de alimentos en proporciones suficientes como para equilibrar el incremento de la población de aquí a veinte o treinta años, manteniendo éste en los límites de nuestras posibilidades de crecimiento del nivel de vida. Afirmando que el mundo puede conseguirlo. En cuanto a saber si lo conseguiremos, ésa es otra cuestión.»

EL EXCESO DE POBLACIÓN DEL TERCER MUNDO

En conjunto, la Humanidad crece no con el índice constante de una progresión geométrica, sino con un índice desaforado, acelerado. La población, que en el transcurso del siglo xix sólo aumentaba con un índice anual medio del 0,5 por 100 aproximadamente, y durante la primera mitad del siglo xx del 0,8 por 100, de pronto ha empezado a crecer en el transcurso de los años 1950 con un índice del 1,8 por 100. Se calcula que es actualmente del 1,9 por 100, aproximadamente. Según las más recientes previsiones, el período que nos separa de finales de siglo destacará por una marca del orden demográfico al alcanzar el índice de crecimiento, a partir de 1975, una cumbre del 2 por 100. Queda por calcular, según tales índices, el tiempo necesario para que se duplique la población: con índices de 0,5, 1, 1,5 y 2 por 100, corresponde una duplicación en ciento treinta y nueve, setenta, cuarenta y siete y treinta y cinco años.

Por una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas de diciembre de 1970, el año 1974 se proclamó «Año mundial de la población». En él tuvo singular significación una Conferencia Mundial celebrada en Bucarest en agosto de 1974. Anteriormente se habían celebrado dos Congresos mundiales, uno en Roma en 1954, el otro en Belgrado en 1965. Eran exclusivamente científicos. A diferencia de aquellos Congresos, la Conferencia de Bucarest, cuya organización reflejaba los temores suscitados por la explosión demográfica de los últimos veinticinco años, dicha Conferencia de Bucarest revistió esencialmente carácter político. Puso de manifiesto divergencias profundas, incluso vehementes oposiciones entre los representantes de países ricos e industrializados y los de países pobres o subdesarrollados. Los representantes de Argelia desempeñaron un papel considerable en su politización por tender a vaciar la discusión de su contenido demográfico para transformarlo en un llamamiento en favor de un «nuevo orden económico internacional».

De atenernos a las previsiones de las Naciones Unidas presentadas durante los debates, la población mundial, estimada en unos 4.000 millones de seres humanos a finales de 1975, ascendería a finales de este siglo a unos 6.000 ó 7.200 millones, según sea la variante considerada, la cifra de 6.407 millones correspondiendo a la «variante media». Pero este crecimiento habría de ser muy distinto, según fueran los países. Entre 1970 y el año 2000, la población total aumentaría en un 77 por 100; la de los países desarrollados se limitaría a un 26 por 100, mientras que la de los países subdesarrollados alcanzaría un 99

por 100. A finales de siglo esta última sería igual a 3,7 veces la primera, mientras que en 1970 la misma relación sólo era de 2,3. ¿Cabe imaginar a 1.350 millones de hombres no sólo responsables de su alimentación, sino también de la de 5.050 millones más de hombres?

¿Cómo explicar esa enorme diferencia entre ricos y pobres? Se deriva esencialmente de la relativa rapidez de difusión de las técnicas contra la mortandad, en tanto que las técnicas tendentes a la limitación de nacimientos hallan las máximas dificultades para desarrollarse. Las técnicas de masa, antiseptia, vacunación, etc., sólo implican gastos reducidos; no necesitan personal altamente calificado; no exigen el concurso activo de la población. «Bastó—escribe Alfred Sauvy—con introducir en los depósitos de agua de El Cairo y Bombay un poco de cloro o permanganato para destruir los gérmenes y salvar cada año decenas de miles de vidas humanas sin requerir ningún concurso activo de la población. Asimismo un hombre casi analfabeto que vaya de pueblo en pueblo, puede aprender a vacunar a los niños; basta con el consentimiento de sus padres, que se consigue por doquier sin dificultades. En cambio, cuesta trabajo desarrollar las técnicas anticonceptivas en poblaciones pobres y poco instruidas, por necesitar el concurso activo de los interesados. No sólo tienen que poner de manifiesto su voluntad a este respecto, sino prestar atención vigilante, de la que no pocos de los europeos mismos se muestran incapaces.»

De entrar en el detalle, todas las perspectivas de aquí al año 2000 ponen de manifiesto la cuantía y rapidez del crecimiento en algunas áreas, así como el debilitamiento relativo en algunas otras, entre ellas Europa. El Asia meridional desempeñará papel preponderante. Extendida desde Filipinas e Indonesia hasta Turquía, incluye a gigantes de la demografía, cuales el triángulo Pakistán, India, Bangla Desh. Comprende actualmente cerca del tercio de la Humanidad. En el año 2000, su población será sensiblemente igual a la población mundial en 1950. Además, en casi todos los países del Tercer Mundo, el índice de natalidad varía de 3,5 por 100 a 4,5 por 100, mientras que no superaba el año pasado el 1 ó 1,5 por 100 en la Europa occidental y los Estados Unidos. El rápido crecimiento de la población en Asia, Africa e Iberoamérica provoca un reflejo de miedo en aquellas poblaciones europeas y en particular en los Estados Unidos. Los ejemplos de Roma y Grecia, escribía el señor Sauvy, muestran que los efectos de la despoblación relativa de los países más civilizados no son un mito: apunta a su desaparición ante la invasión por poblaciones mucho más numerosas que las rodean.

LA CRISIS DE ALIMENTOS

Organizada en Roma en noviembre de 1974 por las Naciones Unidas, la Conferencia Mundial de la Alimentación subrayó la gravedad de la crisis actual en este ámbito y preconizó diferentes medidas para atenuar sus efectos. La situación alimentaria mundial deja mucho que desear desde hace tiempo, pero hoy en día es moralmente inadmisibles que la mayor parte de la Humanidad haya de sufrir de subalimentación. El vertiginoso crecimiento de la población mundial, la imposibilidad de incrementar la producción de las tierras más allá de ciertos límites, la mala repartición geográfica de los habitantes de los cinco continentes, las crecientes exigencias en materia alimentaria, he aquí cuatro hechos de considerable importancia para la Humanidad de mañana.

Con mucho, el más importante de los alimentos del hombre, los cereales, muestran cómo la crisis se agrava año tras año. Las reservas de trigo de los cinco grandes países exportadores, los Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina y el Mercado Común Europeo, expresadas en días de consumo mundial, han descendido de unos cuarenta días para la campaña 1971-72 a unos veinte días para 1974-75. El descenso ha sido del mismo orden para el arroz y netamente mayor para los cereales secundarios.

En noviembre de 1975, el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos estimaba que, para el conjunto de los cereales, la superficie mundial sembrada era de 507 millones de hectáreas. El incremento de la producción, considerable en los últimos años, lo han conseguido de modo bastante diferente los productores occidentales. En los Estados Unidos, Canadá, Argentina y Australia se ha buscado preferentemente a través de una ampliación de las superficies cultivadas, mientras que en la Europa occidental la ventaja se ha debido principalmente al aumento de los rendimientos. Es así cómo en el transcurso de los últimos cinco años el rendimiento medio de trigo no superaba en los Estados Unidos 23 quintales por hectárea, en tanto que Francia, principal productor y exportador de la Europa occidental, alcanzaba 47 quintales por hectárea. El nivel poco elevado de los Estados Unidos corresponde a cultivos que no son de regadío y en zonas que son con frecuencia de secano, con escasa utilización de abonos; el de Francia, a un cultivo en regiones con pluviometría regular y dosis de abonos bastante superior.

La crisis alimentaria actual se debe no sólo a la progresión del

número de consumidores, sino a la desaparición de varias zonas de producción. El ejemplo más reciente es la desaparición, en provecho del desierto sahariano, del Sahel, donde vivían perfectamente, conforme a sus hábitos ancestrales, millones de hombres. La ampliación hacia el Sur de un desierto como el Sahara no es hecho reciente. La población de esa región durante la prehistoria y protohistoria no es cuestionable. La importancia de las osamentas de hipopótamos, búfalos, elefantes y peces que allí se encuentran confirman la existencia de una población que vivía de la caza y la pesca en el paleolítico inferior, en particular en torno a los macizos montañosos.

En el Africa tropical, el Sahel se extiende a lo largo del Sahara del Sur, desde Mauritania hasta la curva del Níger y el lago Chad. Se amplía más allá hasta Etiopía y el mar Rojo. El clima que lo caracteriza se opone al clima sahariano por la regularidad de las precipitaciones, aunque éstas sean débiles y se produzcan en forma de tormentas. Se distingue en ese Sahara tropical una parte meridional más húmeda y una parte septentrional donde las lluvias anuales son inferiores a los 250 ó 300 mm y se registran en contado número de días. Como consecuencia de semejante sequía, la vegetación, de seguir existiendo, conserva todavía caracteres desérticos. Por el contrario, hacia el Sur, cuando las lluvias anuales alcanzan una altura de 300 a 500 mm y se producen durante los tres meses de verano, las poblaciones de palmeras y acacias son más densas, los árboles más altos. En esa zona también empiezan los cultivos de secano de mijo y cacahuets, junto al arroz y algodón de las zonas de regadío. Los lugares más favorecidos están habitados por poblaciones de agricultores, entre las que nomadizan ganaderos. De suerte que el Sahel constituye la mayor región ganadera del Africa tropical.

En el verano de 1973, reunidos en Uagadugu, capital del Alto Volta, los dirigentes de ese país y de cinco de sus vecinos, Mauritania, Mali, Níger, Senegal y Chad, trataron de la insólita sequía que castigaba a aquellos países. Valoraron los perjuicios en diez mil millones de dólares. Etiopía, más discreta hasta entonces respecto a sus necesidades, se unió a ellos. La discusión derivó rápidamente hacia las causas de tal sequía. ¿Había de achacarse al recalentamiento de la tierra? Pareció indiscutible. No obstante, los peritos que la FAO había enviado a la conferencia de Uagadugu no vacilaron en señalar graves errores en la explotación de las inmensas extensiones de que disponen los seis países víctimas de la sequía de 1973 y años anteriores.

Estos peritos acordaron denunciar el modo de explotación más generalizado en la sabana. La cultura extensiva, centrada principalmen-

te en el mijo, se asienta en la tierra quemada, quedando posteriormente los campos abandonados a un largo barbecho. Este es uno de los factores más importantes de la ampliación durante los últimos años del Sahara hacia el Sur, que se calcula en unos cincuenta kilómetros al año. Se ha denunciado asimismo la excesiva utilización de los pastos, singularmente por parte de la cabra, que no se limita a consumir las hojas, como los bovinos, sino que consigue perfectamente arrancar las plantas y utilizar las raíces para alimentarse. En Dakar el 2 de mayo pasado, después de visitar diversos países del Africa negra, Henry Kissinger examinó una vez más los problemas planteados por el desastre que afecta al Sahel. Se manifestó en el mismo sentido que la Conferencia de Uagadugu. Estimó indispensable volver a poner en condiciones las regiones devastadas por la sequía y fijó en 7,5 miles de millones de dólares la ayuda que se necesitaría. Pero declaró sin ambages que no se trataba para los Estados Unidos de asumir por sí solos esa carga. En particular no se le imponía por qué los Estados comunistas, empezando por la Unión Soviética, que actualmente evidencia mucho interés por Africa, no habrían de participar en esa ayuda por los mismos motivos que los demás países desarrollados. Queda por saber cuántos años o décadas serán precisos para esta primera transformación mundial de un desierto en pastos, dadas las condiciones de la actividad solar y sequía que reinan actualmente en esa región. Lo más probable es que la zona conquistada por el Sahara quede definitivamente perdida para el nomadeo, pasto y agricultura.

Al presentar el 2 de diciembre de 1975, en Moscú, su informe ante el Consejo Supremo, el señor Baibakov, presidente del Gosplan, insistió de nuevo en las dificultades halladas por la agricultura soviética, que se reflejaron en compras de cereales de desacostumbrada cuantía a los Estados Unidos, Canadá, Australia y la Europa de los Nueve. Cincuenta años después de la revolución de octubre de 1917, la Unión Soviética sigue a la búsqueda de la solución de su problema agrícola. Sin duda, las condiciones meteorológicas de 1975 han sido muy desfavorables una vez más. Pero el señor Baibakov no ocultó que a ello se había añadido la pésima utilización de las tierras y abonos, la disponibilidad e insuficiencia de máquinas agrícolas, las pérdidas con motivo de la recolección y almacenamiento. Si el señor Baibakov no dio a conocer la cifra exacta de la cosecha de 1975, una indiscreción del señor Vatchenko, presidente de la Comisión del Plan, ha permitido reconstituirla. Mientras que el Plan preveía para 1975 una producción de 215 millones de toneladas, la cosecha no superó 137 millo-

nes de tonaladas, cifra incluso muy por debajo de los 160 millones de toneladas que el Departamento norteamericano de Agricultura había estimado en ocasión de las conversaciones del verano de 1975 con Moscú, las cuales desembocaron en un compromiso de importaciones regulares de cereales, a cambio de petróleo, en el transcurso de los próximos años.

La conclusión del debate de diciembre de 1975 la sacó el propio Breznev y la publicó *Pravda*: «Es vital para la Unión Soviética—declaró—incrementar en 1976 su producción de cereales con vistas a alcanzar la cifra de 206 millones de toneladas fijadas por el Plan.»

Desde los tiempos en que la Rusia de 1913, con 130 millones de habitantes, producía más de 80 millones de toneladas de cereales, de los que exportaba aproximadamente la mitad a la Europa occidental, la situación de la agricultura ha sido reiteradamente alterada. A raíz de la revolución de 1917, la reforma agraria provocó la distribución a los campesinos rusos, que ya disponían de 215 millones de hectáreas, de 150 millones de hectáreas pertenecientes a la Corona, al clero y la nobleza. Se señaló por la creación, en 2,5 millones de hectáreas, de las primeras explotaciones de Estado, los sovjoz. Ante el hambre que siguió, las primeras cooperativas de producción, los koljoz, aparecieron en 1927, pero, con todo, sólo agruparon a un número ínfimo de explotaciones. En 1929, Stalin decidió una colectivización rápida y masiva que permitiera exigir a los koljoz importantes entregas de productos agrícolas. Singularmente por falta de material agrícola, acrecentó dificultades considerables. La cabaña disminuyó a la mitad entre 1929 y 1934. En 1941, las cifras de producción de 1929 no se habían alcanzado todavía. Tanto para permitir que se reconstituyera la cabaña, como para aumentar los recursos de los koljozianos, Stalin hubo de instituir en 1935 la entrega a cada uno de aquéllos de una parcela individual de media hectárea, que incluso superó ampliamente esa superficie en el transcurso de la guerra 1941-45.

A partir de 1950 se inició la agrupación de los koljoz, reducidos en número con una relación de 7 a 1, sin que semejante política aportara el esperado aumento de la producción. Ese aumento fue, sobre todo, resultado de una explotación intensiva de las parcelas individuales, en las que se crían alrededor del 30 por 100 de los bovinos, de los cuales el 40 por 100 de vacas lecheras, el 27 por 100 de los cerdos, ovejas y cabras. Con todo es preciso que ese ganado disponga de alimentación indispensable, lo que explica en periodos de carencia cerealística las acusaciones dirigidas el año pasado contra ciertos propietarios de parcelas que alimentaban su ganado con pan comprado

a buen precio. Pero esto no es nuevo: en su obra *Vamos hacia el hambre*, René Dumont observaba ya que, por los mismos motivos, en 1962-64 se alimentaba el ganado con pan.

El período poststaliniano vio sus sucesores proponer o implantar nuevas reformas agrícolas. La primera la preconizó Jruschev a principios de los años 1950. Era la creación de las «agrocidades», cuyo proyecto, desechado en 1952 por el XIX Congreso del Partido, se consideró nuevamente a finales de los años 50. Los primeros tanteos, en Lituania, se impusieron sumamente costosos. El campesino soviético gusta de sus comodidades. No desea en absoluto convivir con otros en edificios de varios pisos. No admite la pérdida e incluso el simple alejamiento de su parcela individual. Mientras la ganadería privada se evidencie indispensable para el equilibrio de la economía rural y el abastecimiento de las ciudades de carne y leche, será difícil modificar radicalmente la vivienda rural y concentrar los pueblos en zonas compactas.

Además, lo mismo que en la Europa occidental, una de las dificultades con que tropieza la agricultura soviética es el éxodo de los campesinos hacia las ciudades, donde encuentran empleos menos fatigosos y mejor remunerados. Más de 100 millones de personas viven actualmente en el campo, de los cuales 30 se ocupan directamente de la agricultura. Así el campo pierde la juventud más instruida, mientras que el progreso técnico y el desarrollo de la maquinaria agrícola exigiría más obreros calificados. La atracción que la ciudad ejerce sobre los jóvenes, debido a la dureza de la vida rural, es por lo demás irregular: abandonan, sobre todo, las regiones pobres, ya deficitarias de mano de obra, mientras que las regiones ricas sólo registran un éxodo reducido. En 1974, con motivo del vigésimo aniversario de la puesta en explotación de las «tierras vírgenes» del Kazakstan, el señor Breznev definió de nuevo en Alma Ata los grandes rasgos de la política agrícola soviética. Destacó tres tendencias principales: la participación material de los trabajadores en el aumento de la producción, el acceso de la agricultura a una base industrial moderna mediante la aceleración del progreso científico y técnico; en fin, el perfeccionamiento de las formas de organización de la producción y mejora de la gestión de la agricultura. La experiencia de la cosecha cerealística del año pasado muestra que todavía queda mucho por hacer en esas tres vías.

Ciñéndonos al tema de este artículo, la amenaza de un hambre mundial, es de destacar por lo menos que, pese a todos los cambios introducidos desde hace cerca de sesenta años, el más extenso de los

¿HACIA UN HAMBRE MUNDIAL?

Estados del mundo no está en condiciones de alimentar a sus aproximadamente 250 millones de habitantes. Indudablemente rara vez las condiciones meteorológicas son favorables para un rendimiento conveniente de los cultivos. Los koljoz tienen que enfrentarse regularmente con las calamidades del mundo rural: la helada, la sequía, las lluvias excesivas. El invierno pasado ya se advertía que la capa de nieve que cubría las tierras sembradas del Kazakstan era insuficiente para proteger de las heladas la cosecha de este año. Durante la época en que reinaba en Moscú, el señor Jrushev declaró en las Naciones Unidas que su país estaba perfectamente en condiciones de mantener no sólo a sus 250 millones de ciudadanos, sino al doble si preciso fuera. ¿Qué diría de su cosecha del año pasado? ¿Y qué decir también de la pretensión de la India, Pakistán y Bangla Desh de alimentar a una población que supera ampliamente ese doble en un territorio donde la densidad de la población es por lo menos diez veces la de la Unión Soviética y cuya agricultura padece de tiempo en tiempo las mismas desgracias que aquélla, desde la sequía a la inundación, pero añadiendo el maremoto?

LA AMENAZA DE HAMBRE

«Es probable que un día u otro, por ejemplo después de una situación de hambre o en una crisis alimentaria sin salida, se alcen voces para pedir una mejor distribución de la tierra. Los Estados Unidos o Australia podrían ser invitados a ceder tierras a asiáticos hambrientos...» Tal era el año pasado la conclusión de la reciente obra de Alfred Sauvy, profesor de Demografía del Colegio de Francia y miembro de la Comisión de Población de las Naciones Unidas: *El final de los ricos*. La presión del Tercer Mundo para encontrar un lugar en los países desarrollados ya se ha iniciado en forma de emigración creciente hacia aquéllos. No hablemos siquiera de los Estados Unidos, Canadá o Australia, donde esa emigración, procedente principalmente de la Europa occidental, ha sido la base misma de su población actual. Pero hoy en día la Europa occidental, ampliamente industrializada, ha acogido a emigrantes de Africa del Norte, de Africa negra o de Turquía, que proceden de regiones donde la densidad de la población es muy inferior a la suya y donde la superficie de tierras de cultivo, de ser debidamente explotadas, bastaría para alimentarlos. Lo mismo que los Estados Unidos devuelven a su país natal a los mejicanos que intentan pasar su frontera y que Canadá expulsa igualmente a los inmigrantes procedentes de la India que intentan llegar a ese país en

aviones de hasta 350 pasajeros, varios Estados de la Europa occidental han impuesto una suspensión de la inmigración.

«El hambre—escribía el señor Michailof a principios del año en curso— no asolará ni el globo ni siquiera el subcontinente indio en su totalidad. Pero un nuevo accidente, dentro de diez o veinte años, amenaza con ser catastrófico en el valle del Ganges o en otras regiones del sudeste asiático y Africa. Semejante hambre dejaría graves e irremediables secuelas en generaciones enteras. Por primera vez en la Historia, centenares de millones de seres humanos podrían padecerlas.»

Demasiados dirigentes han olvidado la importancia de los problemas de la alimentación en su país. Los casos de mal nutrición o de subalimentación se han considerado como fallos provisionales e incluso se ha ocultado el hambre como algunas familias ocultan el hijo anormal o alcohólico. El hambre es una vergüenza que amenaza con mancillar el prestigio nacional. Con motivo de los últimos estragos de la sequía en el Sahel, millares de personas murieron en Etiopía antes de que la población de ese país y la opinión mundial tomaran conciencia de la catastrófica situación allí reinante.

Ante el escepticismo y críticas que suscitaron sus anteriores informes, el Club de Roma organizó, en la primera quincena del pasado abril, una conferencia de tres días en Filadelfia. Al resumir las conclusiones de la discusión, el profesor Helio Jaguaribe, un especialista brasileño en Ciencias Políticas, siguió afirmando la posibilidad de un desastre en un porvenir no muy lejano si las actuales condiciones de crecimiento de la población no se modificaran. La Humanidad no perecerá por una sencilla falta de alimentos o por escasez de materias primas, pero si la presente generación no consigue modificar su índice de crecimiento para respetar mejor el equilibrio entre la población y los recursos posibles, catástrofes de orden político son del todo verosímiles.

CAMILLE ROUGERON

(Traducción de Carmen Martín de la Escalera.)